

Los nuestros

Indudablemente, esta tribuna es demasiado modesta para que tengan eco las palabras lanzadas desde ella. Pero no importa. Tengan eco entre nosotros y eso basta. Sepamos quienes son los «nuestros» que salen de la frontera estudiantil y penetran en el trenzado movimiento de la vida, con arrestos de lucha, dispuestos á conquistar prestigios intelectuales.

Hoy toca el turno á Roberto F. Giusti y á Arturo H. Vázquez. Sería de desear que en los números sucesivos tuviéramos ocasión de poner de relieve nuevos esfuerzos de los nuestros, pues que sus triunfos en parte nos alcanzan, como miembros que somos de la misma familia espiritual.

Dr. ROBERTO F. GIUSTI—

Giusti no necesita ser presentado. Lo conocen hasta los adoquines, sobre todo, los de la calle Viamonte que durante ocho años, si no me equivoco, lo han visto pasar, día tras día, con regularidad de péndola, camino de esta Universidad. Giusti es casi un órgano de ella. Ha terminado sus estudios y sigue viniendo, porque las paredes de esta casa no son cosas inertes para su espíritu, ni son sus corredores y sus aulas lugares tan vacíos que no despierten en la memoria viejos episodios de sabrosa recordación. Corredores que han sido tal vez testigos de sus mejores momentos y, sin tal vez, lugar donde

se han incubado sus más rosadas esperanzas. ¡Aulas silentes y corredores bulliciosos!... Sí, se les toma cariño y uno concluye por sentir, en la ausencia, la nostalgia.

¿A qué viene á esta casa, Giusti, todos los días? Viene, simplemente, á conversar. Es un «causeur». Y cuando uno dice un «causeur», dice un elogio, porque la «causerie» es un placer que sólo sienten los espíritus refinados.

Si es la conversación, como ha dicho no sé quién, la fisonomía de la inteligencia, Giusti no puede estar desconforme de su inteligencia. Dicen que agrada cuando conversa y es bastante decir, pues que todos no podemos jactarnos de lo mismo.

En su charla es juguetón, superficial y ático. Es juguetón porque tiene un alma de criatura traviesa. ¡Y es ático pero con un aticismo huérfano de malignidad. Gusta pinchar, lanzar una ironía, como una saeta fina, para luego, pasada la broma, sonreír con una sonrisa de muchacho bueno. Lo mismo que los chicos que hacen cosquillas al abuelo y lo fastidian de tanto que lo quieren.

Superficial... Bien lo parece. Jamás se le ha visto preocupado ni serio. Sin embargo, sería aventurado asegurar que sea Giusti superficial en el fondo. Más bien parece la suya esa superficialidad aparente, á lo Anatole France, que es el remate á que llegan los espíritus de trabazón filosófica que han vivido una trabajada vida interna. Para él la vida se diría que no tuviera los contrastes del claroscuro. Incapaz de apasionarse, sus afectos son tranquilos, suaves y duraderos, como el amor de las mujeres burguesas.

Sirvan todos estos antecedentes del Giusti que habla y del Giusti que vive para mejor comprender al Giusti que escribe, pues se halla una identidad tan estrecha entre el hombre y el estilo.

Giusti ha dado á la estampa un libro de crítica literaria que es, en cierto modo, un inventario del movimiento poético contemporáneo en el Río de la Plata. Para

ello, tomó á todos los portaliras y se puso en tren de hacerlos pasar por su espíritu, como á través de una criba. Muchos quedaron afuera porque eran burdos en exceso y no podían tamizarse por la criba; otros pasaron desgajándose los flancos y algunos, pero muy pocos, llegaron al otro lado indemnes, sin magulladuras ni achuchones.

Ignoro si Giusti tiene razón ó no la tiene en las críticas que hace. Y lo ignoro porque en materia de versos soy dogmático y rancio. No transijo con los versos que no se entiendan de primera intención y antes que la retorcida y alambicada y delicuescente versificación que es hoy de estilo, prefiero la simplicidad de Manrique ó la lírica cristalina de Fray Luis. Encerrado en este dogmatismo, leo muy pocos versos que no sean viejos versos y no puedo acompañar á Giusti en su peregrinación por esa que podríamos llamar selva poética. Selva, sí: precisamente es una impresión de selva la que dejan ciertos versos intrincados, oscuros, impenetrables, donde ni siquiera á la larga se vislumbra un rayo de sol, ni trasciende un solo latido de corazón. Acervo de borrosas ideas caídas en una retorta de forma piruetesca en cuyo interior los ritmos hacen equilibrios funambulescos.

Dejemos esta faz del libro de Giusti como cosa que está fuera del propósito de estas líneas, mero propósito de aplaudir y, si tanto pudiera, de estimular los esfuerzos de los nuestros.

Admiremos la erudición de Giusti. Yo, por mi parte, la admiro, y lo hago, por principio, con todo aquello que no soy capaz de tener por razones de conformación mental.

Antes de concluir, véamos cómo teje su prosa ese Giusti que hemos visto decidir, ático y juguetón. La teje, simplemente, conversando.—Es la suya, diremos, una prosa conversada ó una prosa verbal. En esto, sin quererlo, se acomoda al ideal de Unamuno que abomina los estilos lamidos y «aceitados» y prefiere la prosa «ha-

blada», suelta, espontánea, reflejo directo de nuestro mundo mental.

Para mi santiguada, como diría Sancho, y dicho sea al pasar, no las voy con este canon de Unamuno, que si bien la prosa «conversada» da una apreciable sensación de espontaneidad y de frescura, sólo un severo cuidado del estilo produce frases de belleza inmortal.

El Giusti conversador que emite juicios y dice las más grandes cosas con una noncuranza deliciosa, lo tenemos de cuerpo entero en el libro, donde se ataca á ciertos nombres prestigiosos, bien que sin acritud y sin violencia, con una gran soltura de cuerpo.

El alma de Giusti, de niño grande, se transparenta en su libro en ciertos pasajes que tienen un no sé qué de infantilismo: El estilo se afloja, toma la infirmez de las prosas colegiales, da la impresión de algo desbarbado, falto de esa reciedumbre que suelen tener las prosas adultas y masculinas. Sin embargo, esta flojedad periodística en el estilo es, felizmente, temporaria. Cuando él quiere su prosa se entona, se vuelve de contextura fibrosa; el período se hace turgente y sonoro y palpita con una agitación de vida plena. Mas para esto, es necesario que Giusti se enoje, se emocione, se exalte,—como en el trabajo «Aristarco y ellos»,—que vuelque, en una palabra, ímpetu afectivo en sus páginas que son, generalmente, frías, lógicas, cerebralistas.

Con este libro, Giusti se despide de la crítica literaria. No es difícil, sin embargo, que vuelva al calor de sus pecados, supuesto que han de pesar en su espíritu opiniones de pro que lo incitan á que no abandone la ruta emprendida.

A la verdad, yo no sé, en este terreno, en trance de aconsejar, qué cosa le aconsejaría. Pues la crítica se me antoja un género literario que demanda una siembra abundosa de conocimientos en el cerebro que no tiene una compensación correlativa, pues la cosecha que se recoge suele ser al modo de aquella que se menta en el Evangelio: rica en zizana, pero menguada en trigo.

Es mejor, sí, utilizar el talento, si se le tiene, en crear obra, en engendrar hijos propios, que no en picotear los panales de los otros.

Sin embargo, y aquí de la contradicción, la alta crítica es necesaria como el pan. Tiene la poco grata misión de hacer el escrutinio de la super-poligrafía contemporánea. Ella, la crítica, es fuego depurador, es la quemante llama divina en los modernos autos de fe. Si se equivoca en el escrutinio, sus yerros no tienen perdón de Dios.

Por eso, la alta crítica es altamente necesaria. ¡Y alta crítica es la de Giusti, porque es honesta y serena, autorizada y valiente. Casi es, entonces, preferible que no abandone esta su primera inclinación; que siga en la crítica, que temple sus armas y las mida con los aventureros y los advenedizos que levantan y cercenan repulaciones literarias según el diapasón de sus amistades ó animadversiones personales.

ARTURO H. VASQUEZ—

Vásquez obtuvo con una obrita titulada «Aguas muertas», el tercer premio en el concurso que se llevó á término á fines del año pasado en el teatro Nacional de la calle Corrientes.

La noche en que se puso á luz el veredicto del Jurado, un núcleo de alumnos de esta Facultad llevó el homenaje de su aplauso al camarada que surgía. Como desde entonces han desfilado tantas horas, no conservo en la memoria, fresco, el engranaje de la obra premiada. Y esto no me permite intentar un análisis crítico que, por lo demás, resultaría inoportuno por lo tardío.

Recuerdo, eso sí, que una buena porción de público manifestó su descontento por el lugar jerárquico que asignaba el veredicto á la comedia de Vásquez. El tercer premio era poca recompensa. En mi sentir, si bien el primer premio no le correspondía, pues que la obra que la obtuvo, «Resaca», era de más quilates, considerada des-

de el punto de vista teatral, el segundo puesto lo tenía bien ganado.

Y lo merecía, fuera de otras razones, por su orientación hacia el alto teatro, es decir, hacia un teatro culto donde el lenguaje no se estropea y se barbariza; alto teatro donde las pasiones no aparecen desbordadas sino contenidas por la inhibición cerebral y donde los sentimientos se quintaesencian, se refinan, se multiplicanⁿ; teatro donde hay fintas de ideas lacerantes y fina ironía y un decir galano que levanta el espíritu y lo transporta á las regiones del arte verdadero.

El teatro nacional requiere un refuerzo de autores que tengan pasta de psicólogos y de poetas. De autores que no busquen la emoción objetiva, diré así, á base de violencias de taberna y que necesiten ganar el aplauso volcando sobre las tablas toda la roña social y la mugre de los arrabales.

Se explica esta preferencia en los que escriben para el teatro, pues es infinitamente más fácil poner en la escena á un «malevo», tipo instintivo, alma lisa y unilateral, que hacer vivir á una Madame Allain ó á una Gata de Angora, complicados mecanismos espirituales que no pulsa cualquiera mano.

No basta la técnica, qué ha de bastar la fría técnica para hacer teatro grande. Es menester tener ojo avizor para leer en los espíritus de los otros y tener un poco de fuego en el alma para que, transmitido á la obra, se orle ésta de claridad, se hinche de calor emocional, y se levante por encima de su calculado plan arquitectónico.

Pero volvamos á nuestro asunto: en la obrita de Vásquez se nota un predominio de la parte ideológica sobre la parte sentimental, lo cual, á mi entender, no es un acierto, porque el teatro más vive de sentimientos que de ideas.

No ha sacado partido, como pudo haberlo hecho fácilmente, de la nota erótico-poética que es, seguramente, un recurso infalible en toda comedia escrita para gen-

tés que vistan camisa y coman á manteles.

Recuerdo que su personaje femenino conversaba muy poco, lo cual no es natural en un personaje femenino. Los demás personajes aparecen en trazos esquemáticos. Y se explica, pues en los estrechos términos de una obra en un acto, es dura empresa definir los tipos, caracterizarlos psicológicamente, sobre todo si, como en el caso de autós, los personajes son numerosos.

El alma de la protagonista más se adivina por lo que hace que por lo que dice. Es un tipo femenino de los comunes. Una chica de sociedad que se encuentra abocada á un conflicto de amor, conflicto que resuelve con un gesto que es todo un acierto psicológico del autor.

La muchacha está enamorada de un pintor que frecuenta la casa, el cual pintor tiene tan pocos billetes en el bolsillo como muchas ilusiones en el alma. No se diga que el pintor, á su vez, sorbe los vientos por la chica, porque fuera decir lo excusado.

Interviene el padre de la enamorada y en una escena poco verosímil porque se lleva á cabo delante del pintor, al cual se le ha subido el alma á los labios, le pregunta si es cierto que lo ama. Ella, entonces, entolda los ojos, inclina levemente la cabeza, y con voz dulce y desmayada, responde: Sí, lo amo.

El pintor respira fuertemente. El alma, de los labios se le ha pasado á la laringe. El padre entonces, aborda severamente á la hija y le dice, aparte, algo como esto: Piensa en lo que haces. Si te casas con ese pobre diablo no será de mí de quien recibas ayuda. Elige entre la vida incierta, la vida de aventura, esa miserable vida doméstica donde el pan de cada día es un problema, y esta vida que llevas en tu casa, vida confortable y regalada donde no tienes más que pedir para alcanzarlo todo.

Oído esto, ella mira dulcemente á su novio. El padre la interroga: ¿te quedas? Y ella contesta, (¡oh, prodigios del amor!) ella contesta: me quedo.

Ha preferido al amor desmantelado, el quedarse en su

casa donde hay buena mesa, servicio abundante, nutrido guardarropa, mullidas alfombras y caloríferos á agua caliente.

Veo que estoy faltando á mi propósito primero de no ocuparme de la obra en sí. Voy á respetarlo desde ahora, pues me pongo á pique de que el recuerdo lejano me haga desnaturalizar, sin quererlo, se comprende, alguna intención del autor, ó trastocar alguna de las escenas. Ocupémonos del autor mismo:

Vásquez tiene para todos aquellos que gustamos saborear el dulce ocio helénico, tiene el defecto de ser excesivamente laborioso. El no se aduerme en la aferrante tibieza de las sábanas; es un trabajador afiebrado; y ahí, donde lo vemos, es un luchador porque su vida está llena de esa heroicidad sorda y oculta que tienen los hombres superiores que se abren camino en la vida sin otro remo que el propio esfuerzo, sólo, completamente sólo, sin mendigar un favor, alto el penacho de la altivez castellana.

Tal vez trabaje demasiado. Acaso lo contagie esa manía contemporánea de producir y producir, sin tasa y sin medida: novelistas que distienden su ingenio en un rimero de volúmenes; y filósofos que escriben veinte tomos para desarrollar una idea; y polígrafos que hacen gemir las prensas continuamente con discursos, conferencias, monografías, resúmenes, artículos, memorias y qué sé yo.

Vásquez ha escrito un libro de versos; otro libro se está imprimiendo; ha terminado una nueva comedia en un acto y otra tiene en gestación y esto sin contar sus ocupaciones y sus estudios. Es admirable el esfuerzo y bien merece que el triunfo corone tanta dedicación tesonera.

Yo le diría, sin embargo, si mi consejo tuviera un adarme de valor, le diría que no se precipite, que haga obra lenta, pensada en su esencia y pulida en la forma, pues la fecundidad suele ser una amiga especiosa: da brillo, sí, pero no un brillo fijo y permanente como el del

oro, sino un brillo falaz y transitorio. Recordemos á Flaubert, á Porto-Riche y á Larreta y huelgan comentarios.

Y ya que estoy en este tren de consejero, voy á seguir, obligado por la fuerza del consonante, sin que esto rece en absoluto con Vásquez, á quien creo un muchacho modesto, discreto é incapaz de infatuarse. Y digo que, en mi sentir, los que empezamos, debiéramos curarnos del afán de publicidad y del ansia de llegar. Y curarnos creyendo buena-mente que si existen méritos en nosotros, vendrán los honores sin que se les busque, ellos solos, por propia gravitación. Y por sí esos méritos son más auto-imaginados que reales, es bueno irse desapegando de fantasías y tener parva la ambición.

¡Ambición, ambición y no codicial! predicaba el vasco Unamuno. ¡Ambición!... ¿Y para qué? Al fin de cuentas, ¿qué importa que todo el mundo nos niegue, si llegamos á tener la suerte de que exista una mujer que no opine como ese mundo, sino que se haga la bendita ilusión de que somos grandes hombres?

Carmelo M. BONET.